

**Relaciones sociales.**—Frecuentes apariciones públicas en camaradería con personas pertenecientes a las clases más elevadas, tanto económicas como políticas y «de sangre». Se observa cierta tendencia al parentesco o a la consecución de títulos nobiliarios.

He señalado ocho características que me parecen fundamentales, aunque sin duda hay algunas más. Resulta significativo que todas ellas hayan permanecido invariables en el curso de los últimos treinta años, si bien, como es lógico, algunas se han acentuado o disminuido al compás de las nuevas circunstancias impuestas por la economía. La crisis familiar ha llegado a los mitos, y ya resultan cada vez menos infrecuentes las desavenencias matrimoniales, incluso las separaciones, o la implantación de acompañantes que no han tenido la bendición eclesiástica. Se observa también una palpable desazón por la conservación de un «cliché» envejecido y quizá pronto escasamente rentable. En los últimos meses proliferan declaraciones y confesiones más o menos sinceras respecto a la línea anterior. El «quiero ser actriz de una vez», o «estoy harta de hacer siempre el mismo papel», o «la censura está acabando con el cine español», son reflexiones cada vez más frecuentes. Actores y actrices especialmente, que llevan varios lustros encarnando ante las cámaras o las candilejas una idéntica imagen, muestran ahora cierto inconformismo teñido de inquietud. Es una prueba sin duda de que los tiempos (y las taquillas) cambian...

Pero este proceso moderadamente desintegrador no parece por el momento vaya a hacer revisar algunos de los planteamientos de quienes con toda la fuerza y el peso de los intereses, no sólo económicos, imponen, sostienen y alimentan el cerrado círculo mítico nacional. No hay peligro de que se infiltre un intelectual o que la efigie de Picasso sea estampillada en un sello de Correos. El «kitsch» seguirá siendo la religión cultural de los españoles. No parece probable que los medios de comunicación de masas, con TVE a la cabeza, vayan a revisar o a ampliar el censo de los que, según ellos, son portadores de un mensaje cultural que merece atención y de unas propuestas que se hace necesario atender. Algunas de éstas quedan explicitadas aquí. Faltan otras que dejo a la imaginación del lector. Como dejo también a su arbitrio el imaginar las posibles consecuencias que sobre nuestro futuro tendrá una política cultural semejante, ofrecida a lo largo de muchos años como única opción estética y éticamente válida.

No quiero decir que el pueblo español esté condenado hasta la eternidad con películas como «Locura de amor», «Un rayo de sol» y «Las chicas de la Cruz Roja» en versiones sucesivamente actualizadas. Con canciones como «Yo soy aquél», «Mi carro» y «La luna de Benidorm». Con piezas dramáticas como «La ciudad no es para mí», «Los tres etcéteras de don Simón» y «El proceso del arzobispo Carranza». O con novelas tales como «La paz empieza nunca» y otra larga lista que ha compuesto, con excepciones importantes, la serie de «best-sellers» literarios nacionales consumidos no sólo por la burguesía bienpensante, sino también, y en grado nada despreciable, por las masas. Por suerte o desgracia, éstas han participado muy poco en el banquete literario que se les ofrecía, pero no han podido sustraerse a otro tipo de subcultura impuesto decisivamente con los gigantescos medios habituales. Cualquiera que escuche atentamente, por ejemplo, las canciones de Manolo Escobar y sepa de su enorme audiencia popular, no dejará de observar que es todo un sistema de valores el que se ofrece tras letrillas sólo en apariencia insustanciales. Y lo mismo podemos decir de esa cerrada serie de personajes-mito, cuyo examen demuestra que distan de estar lanzados al azar. El apoyo que se les presta, la audiencia que sin cesar reciben, están en función de que se les reconoce como portadores de un mensaje que es el único aceptado. Mensaje que a nivel estético e ideológico no tiene alternativas ni propuestas contrarias. ¿En qué medida la imposición de estos arquetipos a lo largo de más de treinta años condiciona en el presente y hacia el futuro la actitud estética del español medio? España parece ser el único país de Europa donde el «kitsch» y la subcultura han gozado y gozan todavía del apoyo incondicional del sistema que los ha adoptado como propios.

Y en eso estamos; a pesar de que, la economía manda, nuevos moldes parecen abrirse paso y nuevos públicos hacen rentable la diversificación de los gustos y del mensaje estético. Como todo movimiento histórico, también éste es irreversible. El problema está en saber, de cara al futuro, si las aceptadas nuevas corrientes que van poco a poco apareciendo en el horizonte cultural y que van rompiendo el monolitismo imperante hasta ahora, son de verdad auténticas o sólo responden a una necesidad de adaptación a las necesidades económicas de una sociedad que, cual niño con zapatos nuevos, descubre el llamado consumo. ■ P. A.

